

A propósito de Beijing 2008: deporte, olimpismo y folclor

Mario Cano Vásquez

Es de uso extendido referirse, de quien asume una actitud irresponsable, como que “lo tomó deportivamente” y, por tanto, se entiende que el resultado de su actuación es reprochable. Entendido de esta manera, el deporte deja de ser un acto voluntario de profundas implicaciones que reclaman actitudes cargadas de sentido y compromiso, esfuerzo y constancia. Como si la práctica deportiva no fuera una manifestación del sujeto o de los grupos implicados, en la que concurren no sólo la integralidad del ser humano tanto en sus dimensiones física (fuerza, resistencia, velocidad, flexibilidad, lateralidad, coordinación, equilibrio), psíquica (emoción, cognición, sensación) y social (cohesión, transformación, comunicación), como los componentes políticos, económicos, axiológicos, sociales, filosóficos, literarios, teleológicos y otros más de una comunidad que, por gusto selectivo o por mero reflejo, se ve envuelta en sus mágicas redes, sobredimensionadas por la difusión que del mismo deporte hacen los medios de comunicación.

Se entronizan héroes mediáticos, producto de resultados en competencias de alcance local o mundial y en cualquier modalidad, en el imaginario de los seguidores y fanáticos que asisten con pasión como si de una religión se tratara. A los espectadores, fieles como una grey, les urge tener referentes, por ello los deportistas destacados se constituyen en modelos y arrastran connotaciones comerciales apareciendo en imágenes en las cuales los colores, a modo de blasones, y los escudos impresos en toda suerte de artículos de consumo masivo, movilizan la economía. Pero, además, van introduciendo innovaciones en sus respectivas modalidades de juego mediante gestos técnicos o ejecución de movimientos o jugadas que son conocidas con el nombre del ídolo, su nacionalidad, posición asumida o cualquier otra fuente de inspiración; baste nombrar *la rabona* o *la chilena*, “*la mano de Dios*” a la trasgresión de Maradona al anotar un gol; “*la cabañuela*” a aquel célebre sostenido en el aire del futbolista paraguayo Cabañas; cuando no es que se rebautizan con apodos a los propios deportistas; tal el caso del golfista antioqueño Camilo Villegas, conocido como “*el hombre*

araña” al medir distancia y dirección del útil de juego con su mirada a ras de tierra, y cientos de alusiones más.

Estos jugadores sí toman su profesión deportivamente, en la perspectiva semántica en que se lee en María Moliner y su *Diccionario del uso del español* en el que señala como una de las acepciones del deporte: “[...] juego en que se hace ejercicio físico, realizado con o sin competición, con sujeción a ciertas reglas”. Sin embargo, también señala que de manera informal se habla de lo que se hace “[...] por gusto, sin ninguna intención determinada”. Dista mucho esto de señalar a quien actúa irresponsablemente como que se comporta deportivamente.

Sucede igual con otra expresión que campea impunemente en bocas y dichos de muchos. También al accionar displicente, irreflexivo, evasivo, falta de compromiso y pericia, imprudente; en fin, irresponsable, se le nombra como “actuar olímpicamente”, como si, una vez más, lo que se deriva del trajín cotidiano, persistente, agotador de la entrega deportiva de quienes actúan en una Olimpiada, no exigiera compromiso alguno.

Cuando el Barón Pierre de Coubertin, pedagogo francés e historiador mundialmente famoso por ser el fundador de los Juegos Olímpicos modernos (primavera de 1896, Atenas), refirió en su carta olímpica los



Cortesía: Bienestar Universitario, Universidad de Antioquia

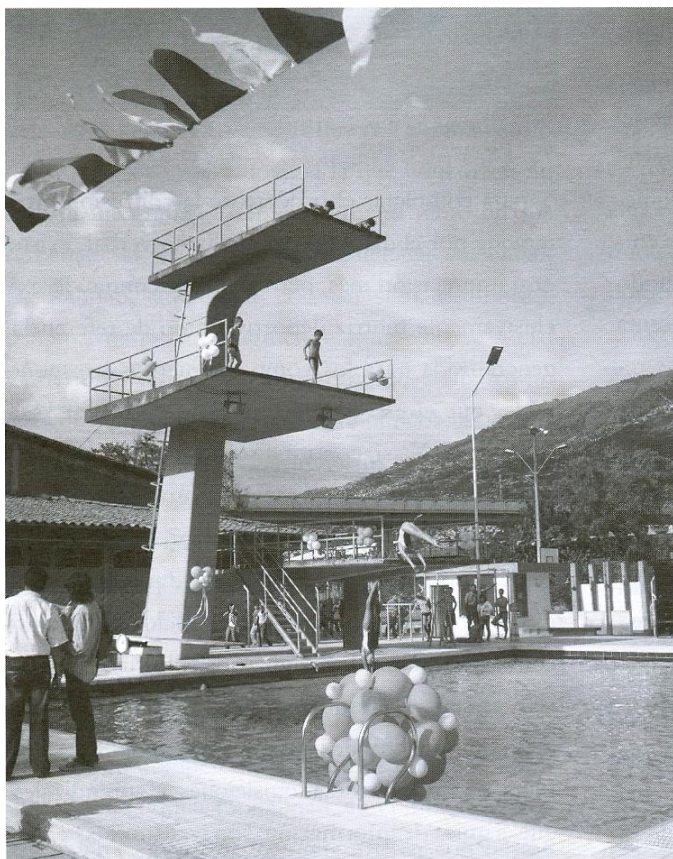
preceptos o ideales olímpicos del *citius, altius, fortius* (más lejos, más alto, más fuerte) no aludía efectivamente a una ejecución cualquiera de poca monta, sino, por el contrario, a una empresa humana absolutamente cargada de sentido de responsabilidad tanto por lo que representa para el sujeto mismo como por el país que se representa.

En el ya citado *Diccionario del uso del español* de María Moliner se lee que una Olimpiada es un festival que se celebraba cada cuatro años en la ciudad griega de Olimpia, centro religioso que contaba con un santuario dedicado a Zeus. Este año, a propósito, la cita histórica es en Beijing del 8 al 24 de agosto, en treinta y siete modalidades deportivas. Pero otra acepción que señala este

diccionario es la que se refiere a la expresión “olímpicamente”, la cual nombra un tipo de actuación del sujeto cuando se comporta de manera o con actitud altiva, despectiva o con desdén. Es decir, pudiera ser arrogante pero no irresponsable.

Y para completar el tridente de la confusión promovida por el diablillo del facilismo verbal, existe otra imprecisión más, pero ya no de contenido exclusivamente motriz deportivo, sino de referencia generalizada para los comportamientos irresponsables que el uso popular ha dado en llamar “ser folclórico”. Y así, con total soltura, se da en calificar de folclórica a la actuación de un

indiferente se obstina en actuar contrariamente a lo deseable para la comunidad en la que vive. Como si el folclor, entendido como el conjunto de imaginarios colectivos, creencias, fiestas, costumbres, arte, gastronomía y demás componentes de las expresiones populares, no fuera un cúmulo de adquisiciones y aprendizajes que, a guisa de información, son transmitidas entre generaciones mediante procesos de enculturación. Ahí hay un elemento de cohesión, de rescate de formas y modos relacionales, de responsabilidad con el futuro, la sobrevivencia, la permanencia histórica de los colectivos humanos.



Cortesía: Bienestar Universitario, Universidad de Antioquia

En efecto, los eufemismos utilizados para denominar al sujeto irresponsable que asume posiciones y actuaciones deliberadamente reprochables deben dejar de ser estas locuciones que aluden al deporte, al olimpismo y al folclor, descalificándolos y desconociendo sus rasgos que, por excelencia, ennoblecen el espíritu humano. Asumamos esta tarea de defensa de las construcciones identitarias de humanidad y abstengámonos de propagar imprecisiones del lenguaje. Ciertamente es que, pragmáticamente, el valor de uso de la palabra es lo que le da sentido comunicativo a nuestra lengua; no obstante, podemos comunicar cualquier cosa pero no de

sujeto que de manera insensata, lesiva e

cualquier manera.

Entender la comunicación como el vehículo que permite la interacción, la relación entre sujetos que comparten los imaginarios propios de la cultura en que se encuentran inmersos, es admitir que verbalizar el pensamiento mediante palabras requiere del compromiso mínimo de la convención, del acuerdo de corresponsabilidad entre la palabra y la cosa referida por parte de quienes hacen uso de él. Pero un compromiso efectivo donde el mensaje permita que cada uno pueda poner en escena lo que desea, lo que quiere transmitir. Quien suscriba este acuerdo, debería evitar entonces incurrir en equívocos con significantes o palabras que refieren significados o ideas que no se ajustan a la pretensión comunicativa. Sin embargo, el mensaje no se construye con el conocimiento de muchas palabras y su semántica, sino con el conocimiento de su función en la oración; es decir, no sólo con léxico sino con sintaxis. Esto es, el sentido comunicativo que, en últimas, se busca con el lenguaje. Pero esta laxitud, esta permisibilidad no es ilimitada. Debe existir cierto rigor en el uso del lenguaje, porque, de no haberlo, nos encontraríamos en una babel de graves consecuencias tales como faltar al axioma de la comunicación: ser *común* a un colectivo.

Bibliografía

- MOLINER, María. *Diccionario del uso del español*, Madrid, Editorial Gredos S.A., 1998.
- CANO VÁSQUEZ, Mario. “Ludotecas” en: *Recreación más allá del juego: reconociendo otras formas de bienestar*, Medellín, Memorias de seminario-taller, 2000.

Mario Cano Vásquez es Asistente de la Dirección de Bienestar Universitario de la Universidad de Antioquia.